

GUSTAVO CASTAING



La escritura sin moldes

Claudia Piñeiro vuelve a transgredir las reglas del género policial clásico en “Las grietas de Jara”, donde se permite dar lugar al drama personal más allá de la muerte disparadora.

GABRIELA SAIDON

En las novelas de Claudia Piñeiro, siempre alguien muere en las primeras páginas. Siempre, al final, la verdad es develada. Hasta ahí la pertenencia de **Tuya** (2005), **Las viudas de los jueves** –premio Clarín de Novela 2005–, **Elena sabe** (2007) y la recientemente publicada **Las grietas de Jara** (Alfaguara), al policial. Luego, en el segmento entre esos dos puntos, inicial y final, Piñeiro se dedica a transgredir las reglas del género, suponiendo, claro, que en algún lado estuviera escrito que Claudia Piñeiro debiera atenerse

PIÑEIRO BASICO

BUENOS AIRES, 1960.
LITERATURA

Su obra literaria, teatral y periodística ha obtenido diversos premios nacionales e internacionales. Ha publicado relatos para chicos. Es autora de las novelas “Tuya” (2005), “Las viudas de los jueves”, que recibió el premio Clarín de Novela 2005 y lleva vendidos muchos miles de ejemplares, y “Elena sabe” (2007).

Estos juegos con el policial podrían leerse como un gesto de género dentro de un mundo masculino.

a esas reglas (un detective, una investigación, unas pistas, unos razonamientos, unos tiros, otros posibles nuevos muertos, es decir, una serie de elementos y de crímenes a resolver). También podría esgrimirse que las supuestas reglas de la novela policial no son tan estrictas hoy como en tiempos de Poe ni de Agatha Christie ni de Raymond Chandler, por citar distintos modelos clásicos, de enigma o negra. Aunque, al menos en dos casos de “moda”, los suecos Henning Mankell con su genial detective Wallander y el autor de la ya mítica saga Millenium, Stieg Larsson, se atienen a ellas.

Piñeiro, no. Hay un muerto (o más de uno), pero luego, lo que sobreviene es un drama personal, un cuadro social, la enfermedad, personajes que se entrelazan en una danza que sí, gira alrededor de esa muerte disparadora, pero casi como una excusa (en definitiva, todo policial lo es) para delinear caracteres (muchos lindan el estereotipo), tragedias personales, o circunstancias. Por ejemplo, el contrapunto entre la víctima, Nestor Jara, y el victimario-cómplice, punto de vista de **Las grietas...**, el arquitecto Pablo Simó.

Canalla es la palabra clave en la novela. Dice el diccionario María Moliner, en su tercera acepción del término: “Se aplica a un hombre que comete o es capaz de cometer acciones viles contra otros. Miserable”. Aunque Pablo Simó es, más bien, un pobre tipo. La cuestión aquí, antes que averiguar quién es el asesino (no hay tal intriga en la novela, o al menos no consiste en determinar quién es sino cómo lo hizo o por qué) es reconocer al verdadero canalla. Al comenzar **Las grietas...**, se lo ve a Simó un tanto soñador, insatisfecho, trabajando en un estudio de arquitectura, subordinado a su dueño, un tal Borla, pero soñando con una torre propia (el cuarto propio de Virginia Woolf paródicamente reterritorializado), obsesionado con una mujer que no lo mira (su colega Marta Horvat), casado –uno de esos matrimonios en los que la pasión quedó sepultada–, y con una hija adolescente problemática, al menos, para su estrecha madre.

Una joven, Leonor, irrumpe en la vida del protagonista para darle un sentido, para revivir al muerto, Jara, en la reconstrucción de los hechos, y para enamorarlo. Así como Simó no crea empatía en el lector, Leonor genera sospechas. Quién es, qué hace, qué relación la une a Nelson Jara, por qué le pide que la acompañe a fotografiar

fachadas de edificios de la ciudad; y ahí Simó deviene guía turístico de una porción estratégica de Buenos Aires vista arquitectónicamente, en planos, en niveles (donde el nivel subterráneo adquiere significaciones especiales). Es tan tonto Simó –o tan embobado está– que no se da cuenta, pero así es como la novela “gana tiempo”. O será que nosotros, lectores, somos demasiado desconfiados.

La transgresión a las reglas al género también consiste en desplazar la figura del detective al protagonista: la mujer engañada en **Tuya**, la madre de la víctima en **Elena sabe**, Simó en **Las grietas...** Es un no-detective involucrado personalmente en la historia, interesado en su desarrollo, involuntario. Estos juegos con el policial, esta traición, que se juega también en otros planos, podría leerse como un gesto de género (femenino), dentro de un mundo (el de la escritura de policiales) mayoritariamente dominado por hombres (salvo honrosas excepciones), en el mundo en general y en la Argentina en particular.

De juegos y de puestas en escena se trata, teniendo en cuenta que Piñeiro es autora de libros infantiles (**Un ladrón entre nosotros; Serafín, el escritor y la bruja**), guionista y dramaturga (**Un mismo árbol verde**), lo que explica ciertas cadencias de su prosa, pero también la exposición del artificio.

En una escena en la que Pablo Simó trae imaginariamente a la mesa del bar en el que espera que se cumpla la hora de su cita con Leonor, en Rivadavia y Callao, y convoca a un diálogo, a un ex compañero de la facultad, ex amigo, el Tano Barletta, a quien no ve hace años, y que a partir de entonces funcionara como una especie de lazarillo ficcional que se le aparece, como el fantasma de un vivo, al protagonista. Y sin embargo, el realismo de esos diálogos es tal que funcionan casi como prueba de que la verosimilitud es lo que rige la ficción. Donde manda la ficción, la realidad queda suspendida; y uno, el lector, sabe del artificio porque, como en una obra de teatro, está expuesto, pero igualmente lo lee como si Pablo Simó y el Tano Barletta estuvieran hablando en ese lenguaje coloquial.

La escritura de Piñeiro es puro acto; párrafos que se deslizan, frases cortas, repeticiones, un particular uso de las comas, y una pista en el agradecimiento final: a Guillermo Saccomanno y Juan Martini. Allí, entre traiciones, rajaduras, y referentes, la escritura busca su punto justo.

Las grietas de Jara

CLAUDIA PIÑEIRO
NOVELA
ALFAGUARA
250 PÁGS. \$ 49



CONTEXTO

En su nuevo libro, cuarto en la serie de sus novelas policiales, la autora de “Las viudas de los jueves” (premio Clarín de Novela 2005) vuelve a subvertir las reglas del género; esta vez, desde el punto de vista de un protagonista hombre.

FRAGMENTO

...Por más que el otro lo mire como lo está mirando él no puede decir una sola palabra. Cómo negar lo que Pablo sabe, y que Marta sabe, y que sabe que Borla sabe: que Nelson Jara está muerto, enterrado unos metros

más abajo de las baldosas de alto tránsito sobre las que caminan ellos tres cada día (...), bajo la losa del piso de las cocheras, exactamente donde lo enterraron aquella noche, tres años atrás.